



ajenos de imaginar que al mismo tiempo estuviese él dictando su fatal sentencia.

Apenas habian entrado en su alojamiento se les presentó Savary á notificar á Fernando que el emperador habia resuelto cambiar la dinastía real de España, sustituyendo la suya, y á exigirle que en su nombre y el de su familia, hiciese renuncia de su corona de España y de las Indias en favor de la de Bonaparte. Atónitos y como sumergidos en un glacial estupor quedaron todos al escuchar el mensaje, que es por sólo su forma, uno de los más negros borrones que echó Napoleon sobre su nombre en la cuestion española. Porque fué un juego odioso é inútilmente cruel agasajar á la víctima y descargarle el golpe por la mano de Savary, de aquel mismo que cuatro dias antes protestaba dejarse cortar la cabeza si el ahora verdugo no asentaba en sus sienes la corona con sólo que hiciese la demostracion amistosa de ir á verle á Bayona. Esto hubiera sido en cualquiera una indigna villanía; en Napoleon fué un lujo de perfidia, una innecesaria inhumanidad. El águila no sólo descendió de las nubes sino que se posó en el fango.

En tanto que Savary conducía á Fernando á Bayona y le ponía traidoramente en manos del emperador, Murat activaba su correspondencia con los reyes padres y les preparaba el camino de su hijo. A pretexto de protegerles de las tropelías del gobierno y de nuevos desmanes del pueblo, habia ya enviado á Aranjuez al general Watier con alguna tropa, que compartió desde el primer dia con la española la guardia de palacio. No satisfecho con esto, hizo que se trasladasen al Escorial (9 de abril), con la intencion de tenerlos más cerca de la carrera de Francia, y principalmente por estar de sus personas más seguro, pues allí ya sólo sus soldados, con algunos carabineros, los custodiaron.

Esto era muy del agrado de los reyes padres en el estado de desconfianza á que les habian reducido los sucesos de Aranjuez, y sólo faltaba, para que su satisfaccion fuese completa, que pusiese en libertad á aquel por quien tanto se interesaba María Luisa, que le habia escrito con toda la entrañable eficacia de estas alabras:

«Si no se salva al príncipe de la Paz, y si no se nos concede su compañía, moriremos el rey mi marido y yo.» Murat, que en esto, no sólo cumplía las órdenes del emperador, sino que estaba interesado por la larga amistad que le unía al preso, apenas se ausentó Fernando de Madrid, exigió á la junta que se le entregase diciendo habérselo ofrecido el rey la víspera de su salida en el cuarto de la ex-reina de Etruria.

Esta promesa no existió, á ser cierta la relacion que corrió con mucho crédito de la escena que entonces tuvo lugar. Hallábase el gran duque en el cuarto de la ex-reina cuando fué anunciado Fernando; sorprendióse éste mucho de verle allí cuando no le habia cumplimentado á él, y conservó su sério continente natural sin saludarle, aunque mirándole. Murat fijó tambien en él los ojos, pero sin hacer demostracion alguna, y así permanecieron un rato mudos ó inmóviles como dos estatuas, hasta que la ex-reina cortó aquel silencioso diálogo de desprecios poniéndose al piano. Tardaron poco uno y otro en despedirse.

Mas, sea lo que quiera de la verdad de la promesa, la junta, en obsequio de Murat, mandó al consejo que suspendiese todo procedimiento contra el preso mientras no e recibiera resolucio n á la consulta que se le hacia al rey sobre el particular. Respondió Ceballos desde Vitoria que se habia escrito al emperador ofreciéndole perdonar la vida de Godoy si salía condenado á muerte; mas no por eso desistió Murat de su exigencia, antes le sirvió para forjar otro embuste y repetirla con mayor altanería. Uno de sus generales, Belliard, ofició de nuevo á la junta, diciendo que el *príncipe de Asturias* habia escrito al emperador, dejando á su arbitrio la suerte del de la Paz, y que las órdenes enviadas en su consecuencia al gran duque de Berg eran que se le entregase inmediatamente al procesado; que Fernando tal vez esperaria la respuesta del emperador, pero esto sería resolver implícitamente una cuestion muy diferente, «y ya es sabido, añadía, que S. M. I. no puede reconocer sino á Carlos IV.» Concluía diciendo con singular cinismo que el gobierno y la nacion española hallarian en esta resolucio n de V. M. I. nuevas pruebas del interés



que se tomaba por España, porque ya no podria Carlos volver al valido á su antiguo poderío y confianza.

Asombrada quedó la junta al anuncio semioficial que se le hacia de no retroceder el emperador al soberano á quien ella representaba, y la consideracion de hallarse entre las bayonetas del general que así desconocía su autoridad, nubló su ánimo y quebrantó su valor. Sólo el ministro de Marina, Gil y Lemus, se opuso con laudable, aunque inútil firmeza á la entrega del preso, quedando á su pesar acordada por los demas, que juzgaron la cuestion como un dilema entre el audaz, soberbio y poderoso Murat, y el cada dia más enojado, pero inerme é impotente pueblo. Dícese que el gran duque amenazó pasar á cuchillo á los cien guardias de Corps y quinientos granaderos provinciales encargados de la custodia del procesado en Villaviciosa, si la junta se resistía á entregarlo, y así no es extraño que ella prefiriese el peligro de irritar al pueblo al de provocar á un desman al insolente extranjero. Dadas al fin las exigidas órdenes, el marqués de Castelar, que debia ejecutarlas, sospechando en ellas algun nuevo artificio de los franceses, se presentó en Madrid para cerciorarse de su autenticidad. Era el marqués uno de tantos antiguos amigos de Godoy, que, despues de su caída, ó le volvieron la espalda ó le hollaron con sus piés para mejor sincerarse con el vencedor. Al oír la ratificacion de la junta renunció en el acto sus destinos rogando, por un mal entendido pundonor, que no fuesen los guardias quienes verificasen la entrega, sino los granaderos provinciales; y sólo consintió en hacerla por sí mismo cuando el infante D. Antonio le aseguró con su natural excesiva credulidad que en ello consistía el que su sobrino fuese rey de España. Puesto en libertad Godoy á las once de la noche del dia 20, partió inmediatamente, con algunos auxilios que le envió la junta, escoltado por una partida francesa hasta Bayona, adonde llegó el 26, siendo alojado en una quinta que le habia sido preparada, inmediata á la ciudad, en la cual fué al punto Napoleon á tener con él una larga conferencia. De esta suerte se libertaron él y su hermano, que fué tambien tras él

excarcelado y conducido á Francia, de la muerte que quizá les preparaba una venganza implacable.

Ya sólo faltaban en Francia, para representar el drama que Napoleon meditaba, los reyes padres. Murat empezó manifestando á Ofarril que aquél no reconocía como rey de España sino á Carlos, en virtud de la protesta que le presentaba manuscrita y por la cual volvería á ocupar el trono con la proteccion del emperador. Asombrado Ofarril con lo que acababa de oír y ver, fué corriendo á manifestárselo á la junta, la que, no ménos asombrada, comisionó al mismo Ofarril y á Azanza para informarse de las razones de tan extraña é inesperada resolucio n. Hubo con este motivo várias contestaciones entre Murat y la junta, concluyendo aquél con exigir una respuesta definitiva y darla ésta en los siguientes términos: 1.º que una resolucio n como aquella, Carlos IV, y no el gran duque, debia comunicársela; 2.º que áun así notificada, se limitaría á elevarla á conocimiento de Fernando VII; y 3.º que, habiendo de partir á Bayona Carlos IV, pedia se guardase el mayor secreto, y se abstudiese el rey padre de ejercer ningun acto de soberanía durante su estancia en España. En virtud de esta tardía firmeza pasó Murat al Escorial, y el resultado de su conferencia con los reyes padres fué escribir Carlos á su hermano el presidente de la junta, declarando solemnemente que su abdicacion habia sido forzada, que el mismo dia en que la prestara la habia anulado por medio de una protesta, y que estaba resuelto á consagrar lo que le queda de vida en trabajar por hacer dichosos á sus vasallos: terminaba confirmando provisionalmente en sus empleos á la junta y á todos los que habian sido nombrados desde el dia 18 del mes anterior, y anunciando que pensaba salir al encuentro de su augusto aliado, despues de lo cual *transmitiría* sus últimas órdenes á la junta. Partió, en efecto, el 15 de Abril en compañía de su esposa y la hija del príncipe de la Paz, escoltados por tropa francesa y carabineros reales, y traspusieron la frontera el 30, diez dias despues de su hijo, y cuatro despues de su favorito.

El recibimiento que Napoleon les hizo fué en



un todo conforme á la consideracion en que decia tenerles: el duque de Plasencia fué enviado á cumplimentarles en Irun; con el mismo objeto les estuvo esperando el príncipe de Neufchatel en la orilla opuesta del Bidasoa; desde que pisaron territorio francés les acompañó una numerosa escolta francesa, que reemplazó luego una guardia de honor de caballería del departamento; la guarnicion de Bayona les recibió formada por la carrera con los honores tributados á la corona; el castillo y los buques del puerto, empavesados de toda gala, los saludaron con salva real; oficiales de la servidumbre imperial se le unieron para suplir la falta que se advertía de su escasa comitiva; el gran mariscal salió á recibirlos al estribo del coche para conducirlos á la habitacion preparada, y toda la poblacion, abocándose á su encuentro, pareció, con sus impertinentes aclamaciones, que quería pagarles el sacrificio que iban á hacer en holocausto de la Francia y de la ambicion del emperador. Aquel mismo dia fué á visitarle éste; pero no lo convidó á comer hasta el siguiente, dispensándole la atencion de dejarle descansar. Fernando y sus torpes consejeros, comparando aquella recepcion con la suya, debieron sentir el castigo de una humillacion, para ellos más dolorosa de cuantas hasta entonces habian sufrido.

Antes de la salida de los reyes padres, la indignacion pública habia llegado á un punto extraordinario de tension, en que el menor choque podia producir un estallido. La manera cómo el rey Fernando habia sido llevado hasta Bayona, la prolongacion de su ausencia, la libertad de Godoy por mandato expreso de Murat, sus relaciones con los reyes padres, bien conocidos desde su traslacion al Escorial, y por último, la altanería que usaban en su trato con las autoridades y el paisanaje desde el general hasta el último soldado, llevaron á la exasperacion el enojo del pueblo. En vez de amilanarse con la idea de su impotencia, el considerar la manera traidora cómo el extranjero se habia hecho dueño de la capital, irritaba á los madrileños y los hacia audaces. Las riñas entre franceses y paisanos eran tan frecuentes que dieron lugar á algunas quejas de Murat á la

Junta y á algunas providencias de precaucion. Sólo la arrogancia y el orgullo del gran duque pudieron despreciar ó desconocer este estado fulminante de una poblacion grande, y provocar sus iras con nuevas imprudencias y desmanes. Habia prometido guardar una completa reserva sobre la protesta, y, no obstante, aún antes de que Carlos se ausentase, faltó á su palabra. El dueño de una imprenta se presentó un dia al consejo, en quien tenian los patriotas más confianza por haberse opuesto á la entrega de Godoy, y le manifestó lleno de sorpresa que dos franceses le habian llevado á imprimir una que decian protesta de Carlos IV contra su abdicacion.

Dijolo tambien á otros, y corrió tanto la voz que se amontonó el pueblo á las puertas del impresor á esperar la salida de los franceses, y hubiera estallado aquella misma tarde un gran tumulto si no se hubiese presentado el alcalde de casa y corte en la oficina á tomar conocimiento del asunto. El alcalde, habiendo sorprendido á los comisionados con las pruebas, quiso enviarlos presos; mas ellos se resistieron abiertamente lo mismo que á declarar de orden de quién procedian, sin permiso de su jefe el general Grouchy, que era precisamente el gobernador de Madrid. Atemorizado con esta revelacion el alcalde lo notició al consejo; éste lo comunicó á la junta; y ésta, huyendo de incomodar á Murat, ordenó que se pusiese en libertad á los detenidos, con sólo haber recibido de aquél nueva promesa de reserva. Aplacóse al pueblo diciéndole que no se publicaria el temido documento; pero el mal estaba hecho porque ya sabia el pueblo que Carlos IV habia protestado y que Napoleon no reconocia por rey de España á su querido Fernando. La idea de que pudiera ser restaurada la privanza de Godoy y avivó más el odio del pueblo á toda reaccion.

En las provincias ocupadas por los extranjeros se repetian casi las mismas escenas de Madrid, siendo más de un francés víctima de su procacidad; y corriendo la alarma á las provincias no ocupadas, los jefes militares y el paisanaje se proveian espontáneamente de armas para estar prevenidos al desenlace que se esperaba.



Antes de que á este punto llegase la audacia de los invasores, una imprudencia de un subalterno dió lugar al primer alboroto formal contra los franceses en Toledo. Debiendo trasladarse allí Dupont para encerrar á Madrid en un círculo de tropas, envió á aquella ciudad, con objeto de prepararle alojamiento, á un ayudante con parte del estado mayor y del cuerpo administrativo. Ya la vista de los sospechosos extranjeros turbó el normal sosiego de aquel vecindario; pero al saberse que el ayudante habia dicho públicamente que Napoleon no reconocia á Fernando é iba á restablecer á su padre, acudió armado á la plaza de Zocodover, y levantando sobre una bandera el retrato de su ídolo, lo paseó por las calles dándole frenéticos vivas y haciendo arrodillar ante él á cuantos encontraba, fuesen franceses ó españoles. En aquel arrebato de entusiasmo la casa del corregidor y de dos vecinos, tachados de adictos al valido, fueron asaltadas, y quemados sus muebles, ya que no pudieron saciar en ellos, por haberse ocultado, el furor que á todos poseia. Al cabo de treinta y seis horas de motin, la influencia del cabildo y los frailes, y la noticia de la llegada de Dupont lo calmaron.

En algunas otras ciudades se propasó tambien el pueblo por aquellos dias á escenas semejantes, que en Búrgos llegaron, por sólo la detencion de un correo español, á ocasionar derramamiento de sangre.

Tomó de aquí pretexto Murat para llamarse agraviado y tratar con mayor altanería é insolencia á las autoridades soberanas de Madrid, olvidando que la agresion era del emperador y que los desmanes é imprudencias de sus oficiales y soldados eran los que provocaban las conmociones de los pueblos. ¿Y correspondian por ventura las reyertas de las calles á los abusos y tropelías que él mismo cometia diariamente? ¿No era hacer mofa de la junta trasmitirle la orden del emperador para que nombrase los sujetos que debian formar parte de la especie de cortes que se habia determinado reunir en Bayona para tratar de las cosas interiores de España, y cuando ella se ocupaba del asunto, pedirle los pasaportes para los que él habia arbitrariamente designado?

Verdad es que habia estimulado su natural osadia la debilidad de la junta. Que en los primeros dias de su gobierno, mientras no eran todavía patentes las intenciones de los extranjeros, y sus demasias no rayaban en escarnio ó befa, se procurase evitar las ocasiones de rompimiento, puede justificarse una excesiva prudencia, mucho más habiéndole dejado Fernando unas facultades muy limitadas. Pero desde que por un real decreto se le autorizó «para que ejecutase cuanto conviniese al servicio del reino, usando al efecto de todas las facultades que S. M. desplegaría si se hallase dentro de sus estados,» se buscarian en vano razones plausibles que disculpasen su irresolucion y timidez. ¿Qué no hubiera podido hacer todavía una junta de patriotas ardientes que, fugándose de Madrid á una plaza fuerte, llamase á la nacion á las armas en nombre de su rey querido, para rescatarle del cautiverio y en nombre de su independencia hollada? ¿Podia dudar de la decision del pueblo en favor de Fernando? y sin embargo siguió la senda de humillaciones por donde habia principiado á andar, porque el único hombre que habia en ella de ánimo entero, Gil y Lemus, no podia imprimir en todos sus compañeros la grande energia que reclamaban las circunstancias. Aunque se habia aumentado la junta con algunos miembros, no halló en ellos el apoyo que necesitaba, y tenia que suscribir con frecuencia á acuerdos que, ó le indignaban por humildes, ó le enojaban por ociosos.

Cuando por fin pareció resuelta á tomar disposiciones vigorosas creyó todavía necesitar nuevos poderes del soberano, y con este objeto fueron á Bayona disfrazados dos agentes, de los cuales uno, don Evaristo Perez de Castro, pudo llegar á su destino y presentó á la solucion de los consejeros de Bayona las preguntas siguientes: «1.º si convenia autorizarse á la junta á sustituirse en caso necesario en otras personas, las que S. M. designase, para que se trasladasen á paraje en que pudiesen obrar con libertad, siempre que la junta llegase á carecer de ella; 2.º si era la voluntad de S. M. que empezase las hostilidades, el modo y tiempo de ponerlo en ejecucion; 3.º si debia ya impedirse



la entrada de nuevas tropas francesas en España, cerrando los pasos de la frontera, y 4.ª si S. M. juzgaba conducente que se convocasen las cortes, dirigiendo su real decreto al consejo, y en defecto de éste (por ser posible que al llegar la respuesta de S. M. no estuviera ya en libertad de obrar) á cualquiera chancillería ó audiencia del reino.»

Ociosas eran sin duda estas preguntas despues del real decreto de que hemos hecho mencion; pero es ménos de extrañar la indecision y flojedad que demuestran, si se atiende á las vacilaciones y á la contradiccion que se advertian en las pocas referencias é instrucciones que llegaban de Bayona. El día 29 llegó á Madrid por sendas estraviadas un emisario del jóven monarca, y manifestó á la junta de real órden «que el emperador de los franceses queria exigir imperiosamente del rey don Fernando VII que renunciase por sí y en nombre de la familia toda de los Borbones, el trono de España y todos sus dominios en favor del mismo emperador y de su dinastía, prometiéndole en recompensa el reino de Etruria; y que la comitiva que habia acompañado á S. M. hiciese igual renuncia en representacion del pueblo español. Pero al mismo tiempo añadió que, habiendo preguntado voluntariamente á Cevallos si prevendria algo á la junta sobre la conducta que debiera observar con los franceses, respondió que «aunque la comision no comprendia este punto, podia decir que estaba acordado por regla general que por entonces no se hiciese novedad, porque era de temer de lo contrario que resultasen funestas consecuencias contra el rey, el señor infante y cuantos españoles se hallaban acompañando á S. M., y el reino se arriesgaba descubriendo ideas hostiles antes que estuviese preparado para sacudir el yugo de la opresion.» La contradiccion de estas instrucciones, que sólo puede explicar un innoble temor personal de los ministros que rodeaban á Fernando, debía sumergir á una junta, de suyo irresoluta, en mayor indecision.

Sin embargo, cuando ellas llegaron á Madrid habia dado ya la junta un paso que indicaba estar resuelta á romper la cadena de condescendencias y humillaciones que á su pesar ar-

rastraba. A propuesta de Gil y Lemus, á quien aconsejaba y vigorizaba una reunion de patriotas, que tenia sus conferencias en casa de su sobrino don Felipe Gil y Taboada, acordó nombrar otra junta con iguales poderes que la sustituyese en el caso de llegar á faltarle la libertad necesaria para su desempeño. Las personas elegidas para situacion tan extrema estaban en general dotadas de más energia, predominando en la eleccion el elemento militar, porque las circunstancias lo serian tambien: el conde de Ezpeleta, capitan general de Cataluña, como presidente; don Gregorio García de la Cuesta, que lo era de Castilla la Vieja; el teniente general don Antonio de Escaño, y el ilustre Jovellanos como vocales; y en tanto que éste no llegase de Mallorca, donde aún se hallaba, don Juan Perez Villamil y el sobrino de Gil y Lemus, teniendo por secretario á don Damian de la Santa. Su residencia debia ser Zaragoza.

Este paso demuestra que la tímida junta de gobierno conocia al fin el estado del espíritu público, que en efecto parecia respirar las sulfúreas emanaciones que preceden á la explosion del volcan. El odio entre españoles y franceses habia llegado á tal punto de exasperacion que unos y otros buscaban con afan la ocasion de una demostracion solemne y de vengarse de sus mútuos agravios. Murat, por vía de provocacion ó de amenaza, celebraba todos los domingos aparatosas revistas de sus tropas, en el paseo del Prado, despues de misa; y los madrileños le insultaban abiertamente por este que miraban como escarnio de la religion, y se mofaban en su propia presencia de aquellos alardes de fuerza. Cuando publicaba en la *Gaceta* noticias que tendian á amedrentarlo, aparecian en las esquinas papeles manuscritos, que el pueblo leia apiñado y en alta voz, en los cuales se desmentian aquéllas, y se exhortaba á sacudir el yugo ignominioso de los extranjeros. En la casa de Correos habia siempre un inmenso concurso comentando las noticias. Tan audaz llegó á ser con estas excitaciones el odio de los madrileños, que un domingo, al atravesar del regreso de la revista el gran duque, seguido de su numerosa y brillante comitiva,



la multitud, que entonces como siempre en circunstancias extraordinarias concurría á la Puerta del Sol, como punto céntrico de la capital, un sordo murmullo principió á levantarse, concluyendo en una estrepitosa silba. El impetuoso y altivo Murat sufrió en silencio el insulto; pero juró vengarse, y la ocasion no tardó por desgracia en presentársela. Aquel domingo fué la vispera del tristemente memorable 2 de Mayo.

El día anterior habia el gran duque entregado al infante don Antonio una carta de su hermano Carlos, en la cual se le prevenia marchase á Bayona el más jóven de sus hijos, el infante don Francisco de Paula y la reina de Etruria con los suyos. La junta, tomando conocimiento del asunto, envió á decir á Murat que la reina podia marchar si á bien lo tenía; mas el infante, siendo un niño de trece años, no podia salir sin un mandato expreso de su padre. No se crea por eso que esta negativa encerraba una firme decision. Al otro día, el de la silba, contestó aquél con imperio que estaba resuelto á hacer marchar tambien al infante, á la mañana siguiente; y la junta, despues de una larga y encontrada deliberacion, no sólo consintió en la partida, sino que acordó reprimir, con las pocas tropas españolas que tenía á sus órdenes, cualquier conato del pueblo para impedirlo. No satisfecha su flaqueza con poner á la nacion inerme delante de su enemigo, se ofrecia á atarla en union con sus verdugos.

Hubo ánimos esforzados y corazones nobles que al primer impulso rechazaron con indignacion tan menguado papel; pero prevaleció la impresion del miedo producida por la pintura, en verdad nada lisonjera, de la situacion de Madrid, cercado por todas partes de tropas enemigas. Ocupaba la capital la brillante guardia imperial de á pié y de á caballo con la division de Mussnier y una brigada de caballería, numerosa artillería llenaba la plazuela del Buen Retiro, pronta á acudir á cualquier sitio; en la Casa de Campo, y el convento de San Bernardino y los pueblos comarcanos de Chamartin, Fuencarral y Pozuelo, estaban acantonadas las divisiones de Moncey, formando una imponente masa de veinticinco mil hombres: Dupont ocupaba además al Escorial, Aranjuez y Toledo.

Para oponer á estas fuerzas la junta no podia contar mas que con tres mil hombres, número harto miserable seguramente si en él sólo hubiera debido poner sus ojos. ¿Pero no veia á su derredor una poblacion entera ardiendo en deseos de abrir la lucha? ¿no habian llegado á sus oidos los audaces silbidos de la Puerta del Sol? ¿Tan pobre idea tenía del poder de un pueblo á quien inflama el santo amor de la patria?

Señalada la partida de los restos de la real familia para la mañana del día 2, el pueblo fué acudiendo desde muy temprano á las puertas del palacio, y llenó la plazuela de su frente cuando vió en ella preparados, en efecto, tres coches de viaje. Rodeólos la multitud inquieta bulliciosa, manifestándose en unos semblantes la tristeza de negros presentimientos, en otros la desesperacion de una alma impaciente, y en todos el comun deseo de evitar á cualquier precio la separacion de los únicos objetos queridos que le restaban. Cuando á eso de las nueve de la mañana se presentó la reina de Etruria á su vista y montó en uno de los carruajes con sus dos hijos, el pueblo la dejó marchar sin muestras de pena y aún con indicios de contento, porque sabidas ya sus secretas relaciones con Murat y la parte que habia tenido en la libertad del valido, la miraba como una princesa extranjera vendida á los enemigos de la patria. De los dos carruajes que quedaron, se sabia que uno era para el infante D. Francisco; pero se ignoraba generalmente el destino del otro, hasta que una voz salida de la muchedumbre dió la nueva de que era para el presidente de la junta, el infante D. Antonio. Ya no quedó duda de que las miras de Napoleon eran arrebatarse á toda la familia real de España, dejar como huérfana á la nacion y uncirla á su carroza imperial. La agitacion se embravece, y al oír de la boca de los criados de palacio que el pobre niño D. Francisco llora porque lo llevan, y no quiere partir, la ternura de las mujeres rompe en amargo llanto y el enojo de los hombres cambia en furor. En estos críticos momentos se presenta un ayudante de Murat, monsieur Augusto Lagrange, á informarse de la actitud del pueblo; cree éste que su objeto es hacer ejecutar á la fuerza la salida del infante,